

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 137

Sevilla—Viernes 19 de Junio de 1903

AÑO XXVII



R. I. P. A.

El Sr. D. Ramón G. Sicilia y de León Sotelo

MARIDO QUE FUÉ DE LA

SRA. D. ISABEL DE LA CORTE Y PEREZ

HA FALLECIDO EN SEVILLA A LOS 45 AÑOS DE EDAD

EL DIA 11 DE JUNIO DE 1903, A LAS CUATRO Y MEDIA DE LA TARDE
DESPUES DE HABER RECIBIDO LOS SANTOS SACRAMENTOS

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Fernando J. Reynoso y Romero, Director del Instituto General y Técnico; D. Miguel de Vega y Muñoz, Director de la Escuela Superior de Comercio; su Viuda, sus hijos doña Eduarda, D. Enrique, D. Manuel, D. Ramón y D. Andrés; su hijo político D. José Centeno y González; Hermana, Hermanos políticos, Sobrinos, Sobrinos políticos, demás Parientes, Director espiritual D. Ezequiel Mudarra y Romero y demás afectos, ruegan á V. se digne encomendarle á Dios Nuestro Señor y asistir al funeral que, por el eterno descanso de su alma, se ha de celebrar el sábado 20 del corriente mes, á las 9 y media de su mañana, en la Iglesia parroquial de Nuestro Divino Salvador, por cuyo acto de caridad cristiana les vivirán eternamente agradecidos.

El Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de esta diócesis ha concedido 80 días de indulgencias á todos los que practicaren algún acto, ó rezaren alguna oración por el alma del finado.

No se reparten esquelas.

El duelo recibe y despide en la Sacramental de dicha Iglesia.

LA ESCUADRA

¿Tendremos escuadra?

El Consejo de ministros viene ocupándose de este importantísimo problema nacional, que correrá seguramente la suerte que todas las reformas ofrecidas por el Gobierno.

No entraremos en el fondo de la cuestión, porque esto compete á los técnicos. Los procedimientos para dotar de potencia naval á nuestra patria han producido una verdadera disidencia en el seno del Gobierno, manifestándose dos tendencias entre los competentes de la clase de civiles; y si Sánchez Toca y Maura aconsejan la urgencia de la presentación del proyecto á las Cortes con su sindicato de banqueros y armadores, parece que Silvela se inclina al aplazamiento, y mejor que el sindicato preferiría una compañía de nacionales y extranjeros, que, mediante las garantías que ofrecerá el Tesoro, se comprometiera á construir la escuadra.

Sabe Silvela, mejor que nadie, que la vida del actual Gobierno no ha de durar mucho tiempo, y no quiere que su compañero y émulo en los problemas marítimos se dé ni el gusto de presentar un proyecto de escuadra que cause estado parlamentario.

Pero Maura, que también entiende mucho de cosas de Marina, y, sobre todo, que no quiere desaprovechar ninguna ocasión sin dar con la regleta en los nudillos á su presidente, echó el ancla á su colega y evitó el naufragio de su compañero, mejor dicho, la derrota del proyecto de escuadra en el seno del Gobierno, y en estos momentos se confecciona un nuevo proyecto para presentarlo á las Cortes, que ni es el del Sr. Sánchez Toca ni el aprobado por la Junta de escuadra en que figura el señor Maura, ni el que el propio presidente del Consejo preparaba de acuerdo con el actual titular del departamento.

En este punto están los hombres del Gobierno identificados cuando juraron los cargos é hicieron conocer al país su pensamiento por medio de la declaración ministerial que publicó la prensa.

¿Cómo es que hoy en el fondo y en la forma y desarrollo de aquel pensamiento

que les unió, van cada uno por su lado y piensan de modo distinto, y lo que á uno le parecía magnífico y excelente hace seis meses, ahora le parece malo? Secretos de la política y misterios de los gobiernos al uso. Ahora va á Cartagena el jefe del Estado, acompañado de su presidente y de su ministro del ramo, y al revisar por primera vez nuestra pobre escuadra, y al recorrer aquellos barcos, se agoiparán á su memoria tristes recuerdos, y cuando las salvas de los cañones de nuestros cruceros y los ¡hurra! de la marinería anuncian su presencia, volverá su mirada al almirante de la triste escuadra de Santiago de Cuba.

Allí están su presidente y su ministro, y qué le dirán estos señores cuando, como es natural, se hable del proyecto de escuadra y se formen juicios y cálculos sobre la posibilidad de su realización, elementos de combate y condiciones del material y su dotación? Pero ya los dos ministros habrán concertado un medio de salir del paso, y el rey no conocerá la verdad, como no ve el país jamás las reformas anunciadas ni las medidas salvadoras anunciadas por las trompetas de la fama. Y, entretanto, ni sindicato, ni compañía, ni barcos, ni escuadra, y un desengaño nuevo para el país; mientras que en el papel se han construido acorazados y cruceros y barcos ligeros, se prodigan créditos para engalanar yates de recreo y derrochado oro, en los camarotes de preferencia de los barcos, que ya tienen más destino que escotar y hacer salvas de artillería izando el pendón morado que nos recuerda tristezas y amarguras sin cuento.

A. A.

Murmuraciones

El Corral (sainete sevillano según dicen), estrenado anoche en un teatro de Madrid, ha sido echado al corral.

Lo sentimos. Y en esta ocasión lo sentimos doblemente, porque ¿quién es capaz de pintar con fidelidad un corral estando abiertas las Cortes españolas?

El primer achuchón dado por los dipu-

tados republicanos ha estado á cargo del Sr. Menéndez Pallarés.

El Sr. Villaverde, quien, aparte sus condiciones de hacendista económico, parece un arriero con buena ropa, se propuso no dejar hablar al diputado de la minoría republicana, y casi lo consiguió.

Según las teorías sustentadas por el Sr. Villaverde, en el Congreso no se puede discutir el régimen monárquico, porque él lo dice en primer lugar, y en segundo lugar porque así se lo han ordenado.

Y... campanillazo y tente tieso.

El Sr. Menéndez Pallarés no pudo estar más comedido, y el Sr. Villaverde no pudo mostrarse más intransigente.

Y a propósito.

El Sr. Nocedal, ó el Sr. Urquijo (un carlista), refiriéndose á la fórmula del juramento, que era de la cuestión que se trataba, dijo que debería suprimirse el Crucifijo para jurar ante él, porque muchos diputados acostumbraban á decir:

—¡No creo en tí!

El Sr. Urquijo debió de referirse á su compañero el Sr. Nocedal, quien no cree más que en las fuergas lícitas y en la Santa Concordia de hacer aquello que le venga en gana.

La cuestión suscitada por si se juraba ó se prometía, la solucionó el Sr. Maura con la mayor frescura y desinterés.

—Prometan ustedes, señores—vino á decir—que la promesa puede hacerse con las reservas mentales que convengan, y no obliga á otra cosa que á observar buena conducta en este recinto.

¡Y chanfll!

A Pepe Nogales, redactor de *El Liberal* de Madrid, me lo han pescado frito por haber hablado del Sr. Fiscal de su majestad estando en funciones.

Verán ustedes por dónde el Jurado va á absolver á Gavilanes, quien—según frases de Nogales—había cometido la tontería de arruinarse por una mujer de catorce arrobas, y el distinguido escritor del colega madrileño va á salir condenado.

Lo de siempre.

Y yo creo que la Justicia tiene razón. El asesino, ó el homicida, ó el culpable, es una persona interesada, un personaje que tiene que actuar por fuerza.

Pero el periodista... ¿quién le manda meterse en camisas de once varas, ni en si este funcionario es simpático ó antipático?

Bien empleado le está.

Conténtese con que no es el primero. Sinó que vamos muchos por delante de él.

Pregunta *El Liberal* de hoy que si es justo que la mayor parte de los vecinos de Sevilla se vean privados de comer carne por el enorme precio que tiene en las plazas de abastos.

A esa pregunta ha contestado el presidente de la sociedad de Tablajeros ajustando la cuenta de lo que ellos ganan expendiéndola al precio que la expenden.

Unos con otros vienen á ganar, según la cuenta que hace dicho señor, unas tres pesetas en cuarto.

Yo no sé cómo pueden vivir ganando menos que los obreros de la campaña jerezana.

El colega, y yo, y todos los que deseamos comer carne buena y barata, podemos hacer una cosa:

Abrir una suscripción para que los señores tablajeros saquen un jornal más decente.

Les subimos nosotros el sueldo, y que ellos bajen la carne.

Es una vergüenza que los carniceros en Sevilla ganen de diez á doce reales nada más.

¡Ah! Propongo para ministro de Hacienda al Presidente de la sociedad de Tablajeros.

Suma admirablemente: 5 y 4, 9. Total, 4.

El tiempo se ha serenado, luce esplendoroso el sol... ¡Hasta el tiempo felicita á Nicolás Salmerón!

A. Ras es un escritor de los que cargan la escopeta de su ingenio, disparan y dan.

Como estamos en el mes de los exámenes, dice de ellos lo que vais á leer:

“Se estudia, no para aprender, sino pa-

ra responder á una pregunta dada en un momento dado. Después, si triunfa, ya no le hará falta ningún conocimiento universitario; la rutina profesional le basta para cumplir su ministerio, y el correspondiente título le acredita el resto. El título le sirve de patente de corso: médico, podrá asesinar á sus enfermos sin peligro; abogado, podrá arruinar á sus clientes sin responsabilidad; farmacéutico, podrá envenenar y estafar al público impunemente, mientras lo hagan de una manera mansa y sin escándalo. Y sobre todo esto, aún hay una cosa más terrible todavía; con ese título, si la suerte no le ayuda, el licenciado ó doctor irá á mendigar un empleo, ó se morirá de hambre sin encontrar en sí recursos ni iniciativas para empresas agrícolas, industriales ó mercantiles, en este mundo, donde tantísimo hay que hacer; más desnudo que un naufrago en una isla desierta, cuando tanto necesitamos el genio de Robinsón en este espantoso desierto de la sociedad, donde cada uno tiene que sacarlo todo de sí mismo, donde hay que defenderse contra todo y todos en la candente y vital lucha por la existencia.

Pero el caso es llegar, alcanzar el título, cueste lo que cueste; llegar á costa de los mayores esfuerzos, de las mayores privaciones; llegar á costa de la salud y de la vida, derrochada sin provecho en los momentos de angustia del examen.

Y licenciado hecho, ya está cerca del provecho.

Verdades como puño son las que con- signa el susodicho escritor.

Pero todavía se podría soportar eso si los que hacen doctores, licenciados ó bachilleres, lo fueran de verdad y en justicia.

Pero se pone usted á analizar y... ya nos contentaríamos con el 20 por 100.

El periódico de *D. Virtuoso*, en su número de ayer, publica un milagro que chochea.

Y además de que chochea, instruye, deleita y, lo que es más curioso todavía, hace reír hasta reventar.

Dice el órgano de *D. Virtuoso*, que él no lo ha inventado, sino que lo copia textualmente de *La Luz de Astorga*.

Y el hecho fué lo siguiente:

“El señor cura que estaba de preste en la función, y que permanecía arrodillado al pié del altar, afirma haber visto al Niño Jesús, como saliendo de la Sagrada Hostia, con sus brazos no solo extendidos, sino realmente elevados sus manos en una cruz, con el pecho abierto y asomando por la herida su corazón, ofreciéndose á confirmar su deposición con juramento solemne. Afirma además dicho señor que, al querer colocar en el copón la Santa Hostia, cuando hubo llegado el momento, y poseído de un gran temor por lo que acababa de ver hasta aquel instante, no se atrevía á tocar las Sagradas especies. Entonces pareció la Santa Hostia animada de un movimiento propio, y dando un saltito desde la *Ultula* del viril, se entró por sí misma en el copón.”

Si yo fuera Fiscal de la Audiencia no hubiera titubeado en denunciar ese periódico por la mofa que hace del santo sacramento.

Cualquiera persona que tenga sentido común comprenderá que eso de la Santa Hostia dando saltitos es una irreverencia manifiesta.

LA CUESTION DEL DIA

Ya estamos cargados—me parece que se dice así, popularmente hablando—de leer la prensa monárquica, por lo que ésta dice y comenta de los sucesos llamados escandalosos, acaecidos en la ciudad de Valencia.

O nuestros compañeros en la prensa monárquica se están burlando de la opinión pública, ó la opinión pública está como el bobo de Coria, ó es verdad que los españoles somos ya una raza degenerada.

Hasta en el Congreso ha repercutido la memez—porque no es otra cosa que una memez—de que en Valencia no se puede vivir, de que en Valencia no se puede andar por las calles, de que los republicanos de aquella culta capital son poco menos que viboras venenosas.

El juicio, el buen juicio, como le pasó á Jesús, se murio, lo enterraron, y al tercer día subió á los cielos, y allí estará guiñando de una percha celestial.

Los republicanos estamos pasando la plaza de *primos*, y parece que, avergonzados por los ¡escándalos! de Valencia,

tenemos el deber de aguantar las puyas de cuatro sacamuelas que ni tienen pasiones, ni sienten, ni saben lo que dicen.

Por lo que a Nos toca, nos las vamos a sacar (las puyas), porque, como ni tenemos ni debemos, nada nos importan las acciones de los demás, llámense blasquistas, llámense sorianistas.

Es el hecho escueto que no se habla de otra cosa que de los asuntos de Valencia, y los asuntos de Valencia, á buen componer, son cantos de rana en una charca.

He contado los tiros que se dicen disparados por sorianistas y blasquistas, y hacen un total de 1,546.

Entre los 1,546 tiros, disparados todos con una valentía excepcional, lo mismo por blasquistas que por sorianistas, han causado:

Un lesionado por un... garrotazo.

Y un pobre anciano con un balazo en una pierna.

Y una de dos:

O hay que quitar tiros, ó hay que aumentar bajas.

Si disparaban unos y otros con balas de algodón, han debido de avisar.

Y si han ocasionado siquiera 300 bajas—dado el caso que disparaban á quemarropa—y han enterrado los muertos, que se diga, y que los blasquistas y sorianistas sean tenidos como hombres prudentes y de verdadero valor.

La tartana en que iba el señor Soriano pasó—según dice su periódico—por entre una lluvia de disparos, y ni la mula que iba tirando de ella se ha enterado, ni ha sufrido una mala rozadura.

Los blasquistas estaban escalonados de veinte en veinte, y según los escalonamientos y las descargas, aquello sería el paso aquel de Cambonne en Waterloo, cuando le intimaron á que se rindiera y contestó:—¡M...!

Se reanuda la batalla dentro de la ciudad, y desde dentro de los Casinos, y resultan los propietarios de las fincas respectivas con las fachadas echadas á perder.

¿Qué es esto?

¿A esto se le concede importancia inusitada, y por esto andamos los republicanos en lenguas?

¿Y no hay quien diga la verdad?

Cuando dos hombres se odian, ó se lo callan, ó se buscan y se cascan las liendres.

Si no lo hacen... allá ellos.

Deje, pues, la prensa monárquica de tirar chinitas al tejado republicano, porque, en Valencia, cuatro mal aconsejados salgan á cazar mosquitos á tiros de revólver.

Y abstengámonos todos de inmiscuirnos en las funciones que les están encomendadas á la policía ó al juez de guardia.

CARRASQUILLA.

La tragedia de Belgrado

Para hallar algo parecido á la tragedia de Belgrado tendríamos que remontarnos á muy antiguas edades, cuando egipcios, persas y griegos, disputábanse el dominio ó la hegemonía del mundo oriental. Dramas de la índole del que ahora ocupa la atención de las naciones civilizadas, muchos registra la historia, pero desde Roma hasta nuestros días no recuerda uno tan espantosamente extraordinario como el que ha puesto término definitivo á la dinastía de los Obrenowich. Pudo César morir á manos de un puñado de patricios; pudo Rizzio, favorito de María Estuardo, ser víctima de una conspiración palaciega urdida por el celoso Darnley; pudo el duque de Guisa acabar sus días vilmente asesinado por lo mejor de sus guardias; pudo correr la misma suerte que Rizzio el joven Monaldeschi, apasionado amante de Cristina de Suecia, y pudo el sanguinario Pablo I de Rusia morir apuñalado al negarse á abdicar la corona que tan indignamente llevaba sobre las sienes; pero ni el drama de Roma, ni el de Holyrood, ni el de Blois, ni el de Fontainebleau, ni el de San Petersburgo, con haberlos provocado causas en el fondo muy parecidas á las que engendraron el de Belgrado, revisieron los caracteres salvajes, odiosos y repulsivos, que el desarrollado en la corte serviana.

En aquellos dramas, que recuerda con horror la historia, nunca la fra de conspiradores y asesinos llegó á cebarse en la muerte de sus víctimas, y jamás dieron espectáculo tan horrendo como el que han ofrecido al mundo la soldadesca y plebe de Belgrado, arrojando por una ventana los cadáveres de sus reyes, arrastrándolos por las calles, escupiéndolos, echándoles piedras y haciéndoles objeto de toda clase de miserables cuanto inútiles profanaciones.

El mundo fácilmente hubiera disculpado á los conspiradores servios de la muerte de Alejandro y la reina Draga, pues en esas revueltas todo tiene explicación y disculpa con tal de no traspasar los límites que la razón señala á los hombres; pero el lynchamiento de las víctimas y el asesinato de una niña de quince años, hija del presidente del Consejo de ministros de Ser-

via, es demasiado horrendo y salvaje para no inspirar repulsión los atrocemente vengativos conspiradores servios. Nunca, en sus bacanales de sangre, habían llevado la ferocidad á tal extremo los pretorianos de Roma.

Y, bien mirado, el débil Alejandro Obrenowitch y la ambiciosa y despótica Draga Machin, no se habían hecho acreedores á tan tremendo castigo. Que en la excitación de la lucha se les hubiese atravesado con una espada, ó dejado muertos de unos tiros de revolver, pase, y ya es mucho pasar, no habiendo necesidad imperiosa de matarles para el fin que se perseguía; pero ni él ni ella, ni el rey ni la reina, habían sido monstruos para que se pueda disculpar el hecho horrible de haberse profanado y escarnecido de tal manera sus cadáveres. Degenerado Alejandro I; sin educación política de ninguna clase; sin otros ejemplos que imitar que las calaveradas é indignidades de su padre el rey Milano, no sabía gobernarse á sí mismo ni dirigir el Estado que lo suerte le confiara. Tuvo la desgracia inmensa de enamorarse perdidamente de la exdama de honor de su madre la reina Natalia, en ocasión que Draga Machin vivía de una modesta pensión de cuarenta y cinco francos al mes y de lo que le daban sus amantes.

Es curioso lo que sobre el particular relata un escritor francés, que conoció y trató á los difuntos soberanos de Servia.

El proyecto de matrimonio de Alejandro con la viuda Draga tenía extraordinariamente disgustados á los ministros de aquél. Uno de éstos, después de una escena brutal con el rey á causa de haber intentado disuadir al monarca de sus propósitos de casamiento, dijo en el colmo de la exasperación:

—Terminemos, señor. S. M. no puede casarse con una mujer que ha tenido varios amantes. Yo, que os hablo, he sido uno de sus queridos.

Entonces el rey, rugiendo de cólera, trató de extrangular al ministro, y pálido y temblándole la voz de rabia, exclamó fuera de sí:

—¡Su amante! ¿Y sabéis vos... que durante ese tiempo... mi padre... era el de vuestra mujer?

Esta réplica no calmó al rey Alejandro, y el atrevido ministro fué conducido á una prisión, de la que, pasado algún tiempo, le sacó la reina Draga, cuya voluntad fué siempre obedecida por el último Obrenowitch. Esa debilidad de Alejandro por su mujer ha sido causa de su trágico fin. Ambiciosa y dominante Draga, quería que el trono de Servia pasara á los suyos á falta de legítimos herederos; y la mujer, malquista del pueblo servio, que la miraba como una intrusa, con prevención y odio, consiguió de su marido el nombramiento de heredero de la corona á favor de su hermano el teniente Nicomedes Liunievitza. De ahí las caprichosas combinaciones políticas de Alejandro, su informalidad, su golpe de Estado, sus juramentos incumplidos y sus burlas á la Constitución, que daba, quitaba y cambiaba como quería ó convenía á la reina Draga. La versatilidad del monarca, su incapacidad y debilidad por la reina odiada, le enajenaron las simpatías de sus súbditos, y bien pronto el rencor de los servios no distinguió entre la reina y el rey, originándose la hecatombe de la noche del 13 de Junio, llamada, con razón, *La Noche Triste*.

Comparando á los reyes de Servia con los monstruos ungidos que con sus crímenes han horrorizado al mundo, y el trágico fin de aquellos con el apacible y tranquilo de muchos de estos, salta á la vista una irritante desigualdad en la manera de ejercer justicia los pueblos oprimidos ó vejados por sus monarcas. No hay paridad, por ejemplo, entre la conducta de Fernando VII y la de los reyes de Servia, y mientras estos acaban de pagar con la vida y la profanación de sus cadáveres las exacciones que cometieron, *el Deseado* murió de enfermedad natural, sin que el pueblo español le exigiera estrecha cuenta de sus grandes crímenes. Por esto es tanto más de sentir que el pueblo servio se haya ensañado de tal manera con los que fueron sus reyes. Y total, ¿para qué? Para substituir una dinastía con otra dinastía, un amo con otro amo, un Obrenowitch con un Karageorgevitch. Se ha derramado demasiada sangre para tan poca cosa.

ADOLFO MARSILLACH.

CHISMOGRAFÍA TEATRAL

Decía *El Liberal* de Madrid que el señor Alonso, afortunado autor de *La Macarena*, era un grano que le había salido á los hermanos Alvarez Quintero.

El grano, ya lo suponíamos, ha resultado *malino*: un grano de sangre... gorda. ¡Porque cuidado que se necesita tenerla espesa para presentar á un autor en calidad de grano!

Este, el grano, se reventó anoche disfrazado de salnete con el título de *El Corral* en la casa solariega del género chico: en el propio teatro

de Apolo. Las *corrallerías* de Sebastián Alonso hicieron fiasco, dejando en mal lugar los vaticinios que hiciera *El Liberal* padre. A tanto no se hubiese atrevido ningún *Liberal* hijo. Alfredo Murga no negará que hablamos con sinceridad.

Y con el señor Alonso ha caído también un músico sevillano: el maestro Mariani, cuyos motetes y plegarias de iglesia le han acreditado de eminencia entre los señores del

Corazón santo, tú reinarás.

A otra: todo es cuestión de pegar, cantar y... cobrar mensualidades saneadas por las brisas del éxito.

Pero, sobre todo, hay que rogar á la *Provincia* que no salga ningún amigo bondadoso llamándole á uno grano en los diarios rotativos. Porque el reventón se impone.

Y hablando de otras cosas, á reventarse tiran este año las empresas de los teatros Cervantes y Duque. Ambas acumulan en sus respectivos arsenales materiales de combate; ambas creen ganar la batalla.

Veamos lo que una y otra traen, descontando las restas que de aquí á Septiembre ocurran.

Cervantes: Ortas papá y Ortas niño. Carmen Fernández (¡buena mujer!) y Blanca Matrás. Esa es la plana mayor.

Duque: Orejón y Duval. Marina Gurina (¡olé!) y Pepita Alcácer. Otra plana mayor.

De esta *plana* hay que descontar la baja de Orejón. Este artista, que en la actualidad se halla al frente de la compañía que actúa en el teatro de la Alhambra de Granada, dice que, comprometido por los individuos de la Directiva de la Sociedad de autores, tiene que ir á Madrid al teatro de la Zarzuela.

Esta decisión acarrea un conflicto de menor cuantía, un conflicto que no llegará á la altura del de Marruecos, pero que desde luego dará que decir y comentar.

Existe un contrato firmado que, desde luego, la empresa del Duque pretenderá hacer cumplir á Orejón. Este, por su parte, dice que á toda costa tiene que complacer á la Sociedad de Aures, dueños del *coltario* teatral.

¿Que ocurrirá?... ¿Intervendrán las potencias?... ¿Surgirá algún Roghit...?

¡Ah! lo que surgen son autores (no en calidad de granos *malinos* como el Sr. Alonso) de cada esquina, de cada mesa de un café. Hay pléthora de chicos y grandes con aspiraciones á sentarse en el gran banquete de la gloria teatral.

¡Pobres directores de compañías y pobres empresas! Desde *Pericás de Tarascón* hasta don Fernando Fernández y Ruiz, autor ya traducido, apenas dado á conocer, tienen preparados promontorios de manuscritos que leen hasta á sus propias domésticas. Es una verdadera epidemia contra la que aún no se ha descubierto ningún suero que la extinga ó al menos que la atenúe.

Tenemos, pues, material abundante para distraernos un ratito.

Pero ¡por Dios! que no salgan por estas tierras granos estilo Alonso. Esos son presagios de corrales pateados.

X.

La República de Servia

Son muchos los que, en vista de la revolución del Belgrado, se oponen á que se proclame allí un nuevo rey. Asegúrase que el bando republicano, y con él gran parte del pueblo, se muestra decidido por la adopción de la forma republicana.

Tienen los servios razón.

Ya ven á los trastornos y las desventuras á que la monarquía les ha conducido.

Causa es de todas las desdichas de aquella nación la monarquía.

El pueblo servio viene hace tiempo sufriendo las tristes consecuencias de la forma dinástica.

No es esta la primera vez que se mancha de sangre el trono de Servia. Dos familias vienen disputándose, como podrían disputar sobre la posesión de una finca de propiedad particular. ¡Eso es una vergüenza!

Una vergüenza es para el pueblo servio haber soportado al rey Milano, que lo hizo juguete de sus concupiscencias y sus crímenes.

Ha paseado por el mundo la esposa despreciada del monarca inicuo, Natalia, con su dolor, la infamia de todo un régimen.

Conduce inevitablemente la monarquía hereditaria los pueblos á la degeneración. Expuestos por ella á los azares del nacimiento, sufren las contingencias á que están sujetas las familias, sobre todo las familias que no renuevan su sangre con elementos sanos y se perpetúan por enlaces contratados dentro de razas de reyes.

Un rey fuerte, si no inteligente; inaugura todas las dinastías: todas acaban lo mismo: aca-

ban en vástagos degenerados de alma como de cuerpo.

Consumió Milano su vida en desesperadas orgías. Hizo del trono hipoteca y de la corona prenda de mercantiles operaciones. ¡Qué espectáculo el que ofrecía al mundo civilizado contratando su abdicación como se contrata una mercancía cualquiera!

Su heredero respectó á sus antecesores. De un padre disipado, ¿podía nacer otra cosa?

Rama Alejandro, nacida de un tronco podrido, ha necesitado para realizar el único acto de energía de su vida, sentirse espoleado por el poderoso estímulo de su propia conservación y la defensa última de su fortuna y sus intereses.

Alejandro cayó como el último de los mortales, en brazos de una mujer astuta que se ha perdido y le ha perdido; debilidad que no está ciertamente á la altura de la majestad del jefe de una nación digna.

Pueblos: os conduce la monarquía donde no podrá jamás la república conducirlos.

Elegiréis en ella el presidente que las circunstancias demanden, podréis removerlo cuando no satisfaga vuestras legítimas aspiraciones, ó no esté á la altura de su misión. Responderá de sus actos ante vuestros tribunales, como el último de los ciudadanos.

No serán en la República posibles ni Milanos ni Alejandro.

Sólo con la República se verá Servia para siempre libre de tiranos y de explotadores.

Salmerón en Sevilla

Ayer por la noche estuvieron en el hotel de Madrid saludando al señor Salmerón dos comisiones de obreros republicanos, una de ellas compuesta por socios del Centro.

El señor Salmerón los recibió cordialmente, manifestándoles la satisfacción que le producían siempre las visitas de los trabajadores.

La gira por el Guadalquivir, organizada por el señor Montes Sierra en honor de su jefe político, se verificará en el vapor *Sevilla*, el cual zarpará del puerto á las nueve de la mañana del domingo.

El señor Montes Sierra obsequiará á los invitados con un almuerzo, que se servirá á bordo del citado buque, llegando éste en la excursión al sitio denominado La Horcada.

La demanda de localidades para asistir al mitin de pasado mañana es extraordinaria, y así para el mitin como para el banquete, han pedido, por telégrafo, que les guarden sitio republicanos de muchos pueblos de esta provincia y de las de Cádiz, Huelva y Córdoba.

En el Centro Republicano reinó anoche más animación que en los días anteriores, sin duda porque la mayoría de los socios estaba en la creencia de que les visitaría anoche el jefe del partido.

A última hora, cuando supieron que el señor Salmerón no iría por el Centro hasta esta noche, comenzó poco á poco el desfalle, realizándose éste dentro del mayor orden.

Entre los republicanos que allí se reunieron comentábase muy favorablemente el acuerdo que adoptó ayer tarde la junta organizadora del partido, de celebrar—si el señor Salmerón acepta el agasajo—una gira al circo romano de Itálica.

EN LA AUDIENCIA

Desde bien temprano notábase esta mañana en los alrededores del edificio que ocupa la Audiencia; mayor animación que de ordinario. Aunque se sabía que á la vista del pleito en que iba á informar el señor Salmerón sólo se asistiría por medio de invitaciones y éstas se habían limitado bastante por la poca cabida de la Sala, el número de personas que esperaba en la Plaza de San Francisco la llegada del jefe de los republicanos era bastante grande, y no lo era más por haber creído muchos que el acto no daría comienzo hasta las doce.

A las diez de la mañana llegó el señor Salmerón á la Audiencia, acompañado de D. José de Montes Sierra. Al apercibirse los que esperaban de su llegada, resonó una nutrida salva de aplausos.

El señor Salmerón, seguido de algunos amigos, penetró en la sala de abogados con objeto de esperar el comienzo de la vista. Desde su llegada fué aumentando el número de personas que han asistido hoy á la Audiencia.

Por estarse viendo en la misma Sala de lo civil un pleito de menor cuantía, no comenzó el acto hasta las once de la mañana próxima.